**Emily Elizabeth Dickinson**



**Nació en Amherst, Massachusetts, en 1830 en el seno de una familia de prestigio intelectual y social, donde recibió una educación esmerada. Cuando tenía alrededor de treinta años hizo la que ella misma llamó “mi blanca elección”, al retirarse del mundo y recluirse en su casa donde permaneció, casi sin interrupciones, hasta la muerte en 1886.**

**FUENTE BIBLIOGRÁFICA**

**Emily Dickinson**

**Versión de María Manent**

**Colección Visor de poesía**

**Tercera edición, 1986**

**ORACIÓN: DÍA 1**

**Saber llevar nuestra porción de noche**

Saber llevar nuestra porción de noche

O de mañana pura;

llenar nuestro vacío con desprecio,

llenarlo de ventura.

Aquí una estrella, y otra estrella lejos:

alguna se extravía.

Aquí una niebla, más allá otra niebla,

pero después el Día.

**(Hacia 1.859)**

**Pág 27**

………………………………………………………..

**DÍA 2**

Sobreviví a la noche de algún modo secreto

Y entro en el día. Le basta al que está a salvo saber que fue salvado

Aunque no sepa el cómo.

Tomo, pues mi lugar entre los vivos,

Como quien deja que lo lleven,

Candidata al azar de la mañana

Pero citada con los muertos.

………………………………………………………………….

**DÍA 3**

**HAY UNA DIGNIDAD QUE A TODOS NOS ESPERA**

Hay una dignidad que a todos nos espera

Una mitrada tarde.

Nadie evita esta púrpura

ni esta corona evade.

El coche y los lacayos aseguran,

la cámara, la pompa y el gentío;

y también las campanas de la aldea

al seguir lentamente aquel camino.

¡Que noble muchedumbre!

¡Qué ceremonia cuando nos paremos!

¡Y con qué lealtad al despedirnos!

nos saludan a cientos!

Será un fasto mejor que los armiños

cuando tú y yo mostremos

nuestro sencillo escudo

reclamando el rango de los muertos.

**(Hacia 1859)**

**Pág, 39**

…………………………………………………………

**FUENTE BIBLIOGRÁFICA**

**Emily Dickinson: sus cartas**

**Los Sótanos del alma**

**Tomo 2**

**Introducción, selección y traducción: Anna Maria Leoni**

**Colección de poesía: Universidad de los Andes**

**Ediciones *El otro, el mismo***

**2002 Primera edición**

**DÍA 4**

**Para T.W. Higginson**

**Febrero de 1863**

Querido amigo.

No pensé que las fuerzas planetarias se hubieran

anulado – sino que habían sufrido un cambio de territorio o de mundo –

Me hubiera gustado verlo, antes que usted se volviera improbable. La guerra es para mí un lugar oblicuo –

Si acaso hubiera otros veranos, ¿Vendría usted tal vez?

Descubrí que usted se había ido, por accidente, como descubro que se han ido los sistemas, o las estaciones del año, y no obtengo razón - pero supongo que es una traición del progreso – que se disuelve a medida que avanza. Carlo – aún quedaba – y a él he dicho –

Las mejores ganancias – deben sufrir la prueba de la pérdida para que se vuelvan – ganancias

Mi desgreñado aliado asintió –

Tal vez la muerte – me infundió temor por los amigos – al golpear aguda y temprano, porque desde entonces los he tenido – en un frágil amor – hecho más de sobresalto, que de paz. Confío en que pueda usted pasar el límite de la Guerra, y aunque no esté acostumbrada a la plegaria –cuando en la Iglesia hay culto, para Nuestros Ejércitos, yo lo incluyo –Yo, también, poseo una “Isla” - cuyas “Rosa y Magnolia” están en Embrión, y la “Mora” no es sino una aromática perspectiva, y sin embargo como Usted dice, la “fascinación” es independiente del Clima. Estaba yo pensando, hoy – mientras observaba, que lo “Sobrenatural”, era sólo lo Natural, revelado -

No la “Revelación” – es – la que espera,

 Sino nuestros ojos desprovistos –

 Pero me temo que lo estoy reteniendo –

Si tuviera Usted, antes que ésta le llegue, que experimentar la inmortalidad, ¿quién me informaría del Cambio? Si pudiera Usted, con honor, evitar la Muerte, Le suplico que lo haga – Señor – Eso desolaría a Su Gnomo. –

Espero que la “Procesión de las Flores” no haya sido una premonición –

Pág, 187, 188

…………………………………………………………………………………………………………………………



**FUENTE BIBLIOGRÁFICA:**

**Wislawa POESÍA Szymborska NO COMPLETA**

**Texto introductorio de Elena Poniatowska**

**Traducción de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia**

**Editoral: Tezontle**

**Fondo de cultura económica**

**México**

**Primera edición, 2002**

**Wislawa Szymborska nació en 1923 en Polonia, nación arrastrada al terreno de lo dudoso, obligada- aunque nunca con éxito- a pensar en alemán y a expresarse en ruso. Al terminar la segunda guerra mundial publica su primer poema: “Busco la palabra”. Hoy, la juventud polaca la acompaña en esta aventura haciendo de su poesía un himno callejero. Poeta popular, ganadora del premio Nobel de Literatura (1996), evoca la risa que se asoma tierna como el joven espíritu de esta mujer de 78 años a quien ni la guerra ni los premios arrancan certezas.**

**…………………………………………………………….**

**DÍA 5**

**LA CEBOLLA**

Pág, 241

La cebolla es otra cosa.

Ni siquiera tiene entrañas.

Es cebolla enteramente,

al más cebolloso grado.

Por fuera tan cebolluda,

cebollina de raíz,

puede escrutarse por dentro

sin ningún remordimiento.

En nosotros todo extraño,

apenas de piel cubiertos,

y una anatomía violenta,

terror de la medicina,

y en la cebolla, cebolla

y no intestinos torcidos.

Desnuda repetidamente

y similar hasta el fin.

Un ser sin contradicciones,

criatura muy bien lograda.

En una cebolla hay otra,

en la grande una pequeña

y así, sucesivamente,

una tercera, una cuarta.

Una centrípeta fuga.

Un eco cantado a coro.

A la cebolla la entiendo:

el mejor vientre del mundo.

Sola se rodea de aureolas

y para su propia gloria.

Nosotros: grasas y nervios,

secreciones y secretos.

Y se nos ha denegado

la idiotez de lo perfecto.

**…………………………………………………………………………………..**

**DÍA 6**

**BAJO UNA PEQUEÑA ESTRELLA**

QUE ME DISCULPE LA COINCIDENCIA por llamarla necesidad.

Que me disculpe la necesidad, si a pesar de ello me equivoco.

Que no se enoje la felicidad por considerarla mía.

Que me olviden los muertos que apenas si brillan en la memoria.

Que me disculpe el tiempo por el mucho mundo pasado por alto a cada segundo.

Que me disculpe mi viejo amor por considerar al nuevo el primero.

Perdonadme, guerras lejanas, por traer flores a casa.

Perdonadme, heridas abiertas, por pincharme en el dedo.

Que me disculpen los que claman desde el abismo el disco de un minué.

Que me disculpe la gente en las estaciones por el sueño a las cinco de la mañana.

Perdóname, esperanza acosada, por reírme a veces.

Perdonadme, desiertos, por no correr con una cuchara de agua.

Y tú, gavilán, hace años el mismo, en esta misma jaula, inmóvil mirando fijamente el mismo punto siempre, absuélveme, aunque fueras un ave disecada.

Que me disculpe el árbol talado por las cuatro patas de la mesa.

Que me disculpen las grandes preguntas por las pequeñas respuestas.

Verdad, no me prestes demasiada atención.

Solemnidad, sé magnánima conmigo.

Soporta, misterio de la existencia, que arranque hilos de tu cola.

No me acuses, alma, de poseerte pocas veces.

Que me perdone todo por no poder estar en todas partes.

Que me perdonen todos por no saber ser cada uno de ellos, cada una de ellas.

Sé que mientras viva nada me justifica

porque yo misma me lo impido.

Habla, no me tomes a mal que tome prestadas palabras patéticas

y que me esfuerce después para que parezcan ligeras.

……………………………………………………………………………………………

**DÍA 7**

**LAS NUBES**

**Pág,**

Con la descripción de las nubes

Debería darme mucha prisa,

en una milésima de segundo

dejan de ser ésas y empiezan a ser otras.

Es propio de ellas

No repetirse nunca

en formas, matices, posturas y orden.

Sin la carga de ningún recuerdo

Se elevan sin problemas sobre los hechos.

¡De qué van a ser testigos!,

En un segundo se disipan en todas las direcciones.

Comparada con las nubes

La vida parece tener los pies sobre la tierra,

Se diría que es inmutable y prácticamente eterna.

Frente a las nubes

Hasta una piedra parece un hermano

En el que se puede confiar

Y las nubes, nada, primas lejanas y frívolas.

Que exista la gente si quiere

Y después que se muera uno tras otro,

Poco les importa a las nubes

Esas cosas

Tan extrañas.

Sobre toda Tú vida

Y también la mía,

Aún incompleta,

Desfilan pomposas igual que desfilaban.

No tienen la obligación de morir con nosotros.

No necesitan ser vistas para poder pasar.

………………………………………………………………………………

**UNA DEL MONTÓN**

**Pág 349**

Soy la que soy

Casualidad inconcebible

Como todas las causalidades.

Otros antepasados

Podrían haber sido los míos

Y yo habría abandonado otro nido,

o me habría arrastrado cubierta de escamas

debajo de algún árbol.

En el vestuario de la naturaleza

Hay muchos trajes.

Traje de araña, de gaviota, de ratón de monte.

Cada uno, como hecho a la medida

Se lleva dócilmente

Hasta que se hace tiras.

Yo tampoco he elegido, pero no me quejo.

Pude haber sido alguien

Mucho menos individuo.

Parte de un banco de peces, de un hormiguero, de un

Enjambre,

Partícula del paisaje sacudida por el viento.

Alguien mucho menos feliz, criado para un abrigo de pieles

O para una mesa navideña,

Algo que se mueve bajo el cristal de un microscopio.

Árbol clavado en la tierra

Al que se aproxima un incendio.

Hierba arrollada

Por el correr de incomprensibles sucesos.

Un tipo de mala estrella

Que para otros brilla.

¿Y si despertara miedo en la gente,

O sólo asco,

O sólo compasión?

¿Y si hubiera nacido

No en la tribu de vida

Y se cerraran ante mí los caminos?

El destino, hasta ahora,

Ha sido benévolo conmigo.

Pudo no haberme sido dado

Recordar buenos momentos

Se me pudo haber privado

De la tendencia a comparar.

Pude haber sido yo misma, pero sin que me sorprendiera,

Lo que habría significado

Ser alguien completamente diferente.

**Alejandra Pizarnik**



Obras escogidas. Ediciones holderin. 1996

**El poeta y su poema**

*Un poema es una pintura dotada de voz y una pintura es un poema callado*

Proverbio Oriental

La poesía es un lugar donde todo sucede. A semejanza del amor, del humor, del suicidio y de todo acto profundamente subversivo, la poesía se desentiende de todo lo que no es su libertad o su verdad. Decir libertad o verdad y referir estas palabras al mundo en que vivimos o no vivimos, es decir, una mentira, no lo es cuando se las atribuye a la poesía: lugar donde todo es posible.

En oposición al sentimiento del exilio, al de una espera perpetua, está el poema –tierra prometida– Cada día son más breves mis poemas: pequeños fuegos para quien anduvo perdida en lo extraño, dentro de unos pocos versos suelen esperarme los ojos de quien yo sé; las cosas reconciliadas, las hostiles las que no cesa de aportar lo desconocido; y mi sed de siempre, mi hambre, mi horror. Desde allí la invocación, la evocación, la conjuración.

En cuanto a la inspiración, creo en ella ortodoxamente, lo que no me impide, sino todo lo contrario, concentrarme mucho tiempo en un solo poema y lo hago de una manera que recuerda tal vez, el gesto de los artistas plásticos: adhiero la hoja d papel a un muro y la contemplo; cambio palabras, suprimo versos. A veces, al suprimir una palabra, imagino otra en su lugar, pero sin saber aún su nombre. Entonces, a la espera de la deseada, hago en su vacío un dibujo que la alude y este dibujo es como un llamado ritual. (Agrego que mi afición al silencio me lleva a unir en espíritu la poesía con la pintura; de allí donde otros dirían instante privilegiado yo hablé de espacio privilegiado).

*París, diciembre de 1962*

*…………………………………………………………………………………………………………….*

**DÍA**

**EL DESPERTAR**

**A León Ostrou**

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro

Y se ha volado

Y mi corazón está loco

Porque aúlla a la muerte

Y sonríe detrás del viento

A mis delirios

Que haré con el miedo

Qué haré con el miedo

Ya no baila la luz en mi sonrisa

Ni las estaciones queman palomas en mis ideas

Mis manos se han desnudado

Y se han ido donde la muerte

Enseña a vivir a los muertos

Señor

El aire me castiga el ser

Detrás del aire hay monstruos

Que beben de mi sangre

Es el desastre

Es la hora del vacío no vacío

Es el instante de poner cerrojo a los labios

Oír a los condenados gritar

Contemplar a cada uno de mis nombres

Ahorcados en la nada.

Señor

Tengo veinte años

También mis ojos tienen veinte años

Y sin embargo no dicen nada

Señor

He consumado mi vida en un instante

La última inocencia estalló

Ahora es nunca o jamás

O simplemente fue

¿Cómo no me suicidio frente a un espejo

Y desaparezco para reaparecer en el mar

Donde un gran barco me esperaría

Con las luces encendidas?

¿Cómo no me extraigo las venas

Y hago con ellas una escala

Para huir al otro lado de la noche?

El principio a dado a luz el final

Todo continuará igual

Las sonrisas gastadas

El interés interesado

Las gesticulaciones que generan amor

Todo continuará igual

Pero mis brazos insisten en abrazar al mundo

Porque aún no les enseñaron que ya es demasiado tarde

Señor

Arroja los féretros de mi sangre

Recuerdo mi niñez

Cuando yo era una anciana

Las flores morían en mis manos

Porque la danza salvaje de la alegría

Les destruía el corazón

Recuerdo las negras mañanas del sol

Cuando era niña

Es decir ayer

Es decir hace siglos

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro

Y ha devorado mis esperanzas

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro

Que hare con el miedo.

……………………………………………………………………………………..

**NOCHE**

**PÁG 160**

**La noche pág 152**

Extraído de: Olga Orozco, Últimos poemas. Primera edición: febrero 2009. Herederos de Olga Orozco. Ediciones B, S. A., 2009.



**Allá lejos, ¿para qué?**

(Para José Antonio, con un cálido, tierno recuerdo)

*La chair est triste, hélas! Et j'ai lu tous les livres.*

*Fuuir! La-bas fuir!*

*STEPHANE MALLARMÉ*

Ni mi carne fue triste ni tampoco leí todos los libros.

Sé que es triste la carne que interroga tan sólo por ausencia,

porque toda respuesta de otro cuerpo la sume en el error y el desencuentro

y la devuelve oscura, vacía, desolada, a su playa desierta.

Pero cuando dos cuerpos elegidos para el amor se buscan y se encuentran,

cada cuerpo es entonces una respuesta exacta para cada pregunta del deseo

y la carne vertiginosa asciende por el revés de la caída

y es delirio de fuego y alabanza, un aluvión de soles,

hasta precipitarse en el suspenso donde se vuelan juntas las dos almas

y hay un solo aleteo enamorado contra las puertas de la eternidad.

No, ninguna tristeza, sino la bendición de un prodigioso encuentro

que nos lleva más lejos que todas las victorias sobre los límites del mundo.

Y tampoco leí todos los libros,

pero abrí muchos libros como puertas que daban a circulares laberintos de puertas.

¿No cambia cada página el eco de otras páginas y lo envía más lejos

y es el mismo y es otro cuando vuelve?

Eso es lo que hace el mar con cada ola, el viento con el olvido y los recuerdos.

¡Asombrosa tarea la de este desmesurado, ilegible universo!

Nunca sentí el hastío del jardín atrapado en su estación sombría,

ni el del ciego papel que me interroga en vano.

No pasó por mi casa la costumbre con su alevosa ráfaga congelando los años

ni me arrojó a la cara su enrarecido aliento de animal enjaulado.

Solamente el milagro, amargo, deslumbrante o tormentoso,

-no la hierba oxidada-, creció bajo mis pies.

¿De quién huir?¿y adónde?¿y para qué?

Dondequiera que vaya soy yo misma pegada a mi aventura,

a mi ansioso destino tan ajeno a quedarme o a partir con mi bolsa de fábulas

y el impreciso mapa de lo desconocido.

Allá lejos estoy tan cerca de las revelaciones y las dichas

como aquí, como ahora

donde no logro descifrar jamás el confuso alfabeto de este mundo.

**Himno de Alabanza**

¿Y por qué no he de cantar también yo un himno de alabanza,

aunque casi todos lo que amé sean ahora igual que la hojarasca

que se arremolina alrededor del viento

y no puedan jactarse ni siquiera de poder arrojar su propia sombra?

Por todo lo perdido, ¿acaso contrariaste mi voluntad de dicha

o volví del revés los pasos que me habías señalado?

Si celebré con llanto mis bodas con la noche, ¿fue por seguir mi vocación de abismo

o porque me cubriste con sábanas de tinieblas cada día?

Para nadie la culpa ni para mí el castigo.

Fue solamente porque cayó una estrella

o porque se precipitaron bajo la luna errónea las mareas.

Es la misma señal, el mismo asombro con que sigo cayendo en la espesura,

aquí, desde tu mano.

¿Y no he de cantar por eso un himno de alabanza?

Yo agradezco estos ojos que se agrandan para ver tu escritura secreta en cada piedra;

esta boca con el sabor de “siempre”, “tal vez” y “nunca más”;

las manos y la piel donde arrojan su aliento los emisarios de territorios invisibles;

el perfume de la estación que pasa, su ráfaga hechicera asida a mi garganta,

y el reclamo insistente del sonido que atruena con el cuerno para las cacerías.

¡Ah, sentidos, mis guardianes insomnes,

refugios instantáneos en un mundo improbable y sin fondo,

como yo!

Desde lo más profundo de mi estupor y mi deslumbramiento yo te celebro,

cuerpo, suntuoso comensal en esta mesa de dones fugitivos,

a ti, protagonista de paso en cada historia del amor que no muere,

intermediario heroico en todas las batallas de la tierra y el cielo,

tú, mi costado de inevitable realidad,

delator de intemperies y fronteras, siempre bajo un puñal,

entre el relámpago de la tentación y el tajo de la herida.

A pesar de tu corazón irascible, yo te bendigo, mar, bestia obstinada;

en tu asechanza y en tu letanía pasa el relato del diluvio y mi risa infantil,

junto con ese cielo con que sueñas en cada una de tus olas,

en cada balanceo, como yo en el vaivén de la respiración.

Guárdame en tu memoria como un guijarro más,

como a un hueso perdido y a estos nombres escritos en la arena,

para velar contigo hasta el último día en el insomnio de la inmensidad.

Gracias te doy, hormiga, modelo de mis viajes en las exploraciones imposibles,

y a la torcaza por la incesante queja que acompañó mis lágrimas y duelos;

agradezco a la hierba la tierna protección para mis pies furtivos

y a ti, brizna en el viento, por todo el imprevisible porvenir;

bendita seas, sombra generosa, sumisa a tanto error y a tantas sombras,

y también tú, mi silla, guardiana infatigable frente a la espera y a la lejanía.

Yo te celebro, ráfaga, lluvia-enredadera,

murmullo enamorado del silencio que habita entre las piedras.

¿O no puedo cantar, amor, la noche de tu ausencia y el filo de tu espada?

¿Quién no lleva en la punta de su arpón una ballena blanca?

**Vuelve cuando la lluvia**

Hermanas de aire y frío, hermanas mías:

¿cuál es esa canción que se prolonga por las ramas y rueda contra el vidrio?

¿Cuál es esa canción que yo he perdido y que gira en el viento

y vuelve todavía?

Era lejos, muy lejos,

en las primeras albas de un jardín custodiado por ángeles y ortigas,

paraíso sin sombra y sin olvido.

Cantábamos para siembre la canción.

Cantábamos nuestra alianza hasta después del mundo.

Era hace mucho tiempo, hermana de silencios y de luna.

Era en tu adolescencia y en mi niñez más tierna,

cuando apenas te habías asomado a las sinuosas aguas del amor,

que te apresaron pronto,

y aún te vestías contra nuestro candor con el muestrario de las apariciones:

la novia fantasmal, el alma en pena o la mendiga loca;

pero al día siguiente eras la paz y el roce de la hierba.

Cuando te fuiste, faltó el cristal azul en la canción.

Era hace mucho tiempo, hermana de aventuras y de sol.

Yo era la más pequeña y seguía tus pasos por sitios encantados

donde había tesoros escondidos en tres granos de sal,

un ojo de cerradura enmohecida para mirar el porvenir más bello

y un espejo enterrado en el que estaba escrita la palabra del supremo poder.

Tú inventabas los juegos, las tentaciones, las desobediencias.

Fueron tantos los años compartidos en fiestas y en adioses

que se trizó en pedazos la canción cuando tu mano abandonó la mía.

Hermanas de ráfaga y temblor, hermanas mías,

las escucho cantar desde las espesuras de mi noche desierta.

Sé que vuelven ahora para contradecir mi soledad,

para cumplir el pacto que firmó nuestra sangre hasta después del mundo,

hasta que completemos de nuevo la canción.

**Había una vez**

Si llamara a esa puerta ya nadie me abriría.

No se puede pasar con una constelación de estrellas negras zumbando alrededor

y este fardo de penas insolubles aferrado a mi espalda.

La consigna fue siempre murmurar cada nombre,

cuando el nombre tenía el color de la inocencia, el eco del cristal,

un temblor de amapolas debajo del rocío.

Eso era en el comienzo de este mundo, en i edad más temprana,

en los atardeceres encantados que tejías, abuela, en tu telar de asombros

con hebras arrancadas de la urdimbre del cielo, con palabras cargadas de poder

como los talismanes de las sabias leyendas.

Laboratorio inmenso la cocina con sus cobres en llamas,

las marmitas oscuras donde hervían las brujas y el burlado demonio,

mientras en la caldera pataleaban los monstruos

y en el horno jadeaban agonizando vampiros y ratones.

Entraban con el humo castillos embrujados,

escaleras sin fin y puertas clausuradas,

y en las más altas torres padecían cautivas las princesas,

víctimas de mentiras, intrigas y traiciones.

¿Cómo reconocer al caballero amado en el mendigo errante, el sapo o el lagarto?

¡Ah!, pero basaba un beso inexplicable entre los laberintos del jardín

para que se quebrara el maleficio como un huevo de víboras

y apareciera el rostro triunfante del amor, ese que nunca muere.

Abuela, dulce abuela portentosa,

lograbas contraer el universo hasta la dimensión de tu asamblea,

convocabas ciudades, desfilaban los bosques y los mares, se alteraban los tiempos,

un dios omnipotente cabía en una nuez y una hormiga tapaba el horizonte.

Recuerdo que la sombra de un gallo fantasmal se proyectaba en todas las paredes.

Tú oficiabas la suerte.

Tú repartías premios, indultos y castigos.

Perdonabas a la bestia inocente, a los diablos incautos, al huracán salvaje,

y te pido perdón por los bienes perdidos, por los pasos no dados, por el ocio,

por la fe inquebrantable y traicionada.

Abuela, sé que estarás allá, contando historias,

tal vez en una nube semejante al refugio hechizado que tuvimos.

Yo no te pido entrar en este día.

Te invoco para entonces, para cuando recorra la real eternidad,

en busca de un espacio de luz a la medida de un sueño perdurable.

Déjame entrar entonces en tus atardeceres

fulgurantes junto al fuego sagrado.

Podrás reconocerme por mi color de invierno neblinoso;

tengo tus mismas manos ahuecadas para guardar el vaho de los mejores años

y los húmedos ojos siempre nuevos para cada milagro.

**Algunas anotaciones alrededor del miedo**

¿Qué puerta es esa que se entreabre y chirría en la noche

como si graznara el cuervo del último tejado?

Yo no he llamado a nadie. Yo no he pedido entrar en otro encierro.

Y ningún visitante puede venir aquí para envolverme como ráfaga dulce,

como una boa de aterciopeladas y calientes plumas.

Recuerdo, déjenme recordar

(tengo que asirme de algo hasta que se atavíe de color lo invisible),

entre la incertidumbre y el pavor recuerdo cualquier día,

cuando el mundo empezaba frente a mis pies

menudos como un festival de soles

invitándome a entrar,

y yo, con los bolsillos repletos de cristales, de cosechas sagradas y amuletos,

rechazaba de pronto los esplendores y los descubrimientos,

mis pasos paralizados un instante y en seguida llevándome hacia atrás,

lejos de aquellas puertas transparentes

a las que se asomaban sólo los espantajos y el estrangulador.

Tal vez no hubiera nadie.

Que se contagie ahora la noche y no haya nadie.

Que me asista el espejo sin crueldad,

que las sagradas imágenes bajen y me asistan,

y la respiración de todos los que duermen

acompañe mi solitaria sombra.

Pero sólo el rumor de una maldad sin rostro me responde.

Imposible aferrarse de las alas del tiempo:

su vuelo soy yo misma.

Porque gira y avanza irrevocable la rueda más veloz de la memoria

sobre rieles que corren como un escalofrío, como un tajo fulminante y sin fin,

arrastrando su carga, el repertorio de las transformaciones.

No serpientes, ni asaltantes, ni crímenes.

Detrás de las más cándidas imágenes llega mi propio infierno.

Vuelvo a un amanecer sobre las aguas quietas en un muelle lejano, por ejemplo,

y hay una marcha roja que aparece de pronto en la pared

y después ya no está sino negras fisuras

por donde me arrebatan la bella inconsistente y siempre amenazada realidad

y es una telaraña esa que me presencia sentenciosa y fatal

lo mismo que la noche cuando me aprisiona con su desmesura desde todos lados

y me asfixia su vaho de otro mundo arrojado a la cara

mientras intento huir reteniendo mis huesos tan ajenos dentro de mi piel

con ese extrañamiento de quien perdió el dominio de su ya inadaptable anatomía

pero debo seguir suspendida del hilo

aferrada de un último color

con tal de no caer sólo alma desnuda y desvarío

sobre la boca abierta del abismo

aquí donde voy cayendo

y caigo y caigo

hacia ninguna parte.

Padre, padre, siento que todos me han abandonado

o tal vez sea yo quien abandona todo.

Aunque quizás aún esta puerta que se abre y chirría en la noche me retiene

y quizás estos ojos no copiarán jamás la verdadera

forma de las oscuridades que me acosan.

¡Ah, los abusos del miedo probándome los trajes de la muerte!

¿Y por qué no ha de ser extraordinario este feroz descenso,

esta vertiginosa bocanada que me envuelve y me arrastra

y al final me reduce a temblor y a silencio?

¿Acaso vale más ver una catedral en una gota de agua

o mirar cómo pasa flotando en una nube la Ciudad de los Césares?

**En: Desde lejos en obra completa (pedirle a luza que haga bien la reseña bibliográfica)**

**Para hacer tu talismán**

Se necesita sólo tu corazón

hecho a la viva imagen de tu demonio o de tu dios.

Un corazón apenas, como un crisol de brasas para la idolatría.

Nada más que un indefenso corazón enamorado.

Déjalo a la intemperie,

donde la hierba aúlle sus endechas de nodriza loca

y no pueda dormir,

donde el viento y la lluvia dejen caer su látigo en un golpe de azul escalofrío

sin convertirlo en mármol y sin partirlo en dos,

donde la oscuridad abra sus madrigueras a todas las jaurías y no logre olvidar.

Arrójalo después desde lo alto de su amor al hervidero de la bruma.

Ponlo luego a secar en el sordo regazo de la piedra,

el último grano de esperanza.

Deja que lo sofoquen las fiebres y la ortiga,

que lo sacuda el trote ritual de la alimaña,

que lo envuelva la injuria hecha con los jirones de sus antiguas glorias.

Y cuando un día un año lo aprisione con la garra de un siglo,

antes que sea tarde,

antes que se convierta en momia deslumbrante,

abre de par en par y una por una todas sus heridas:

que las exhiba al sol de la piedad, lo mismo que el mendigo,

que plaña su delirio en el desierto,

hasta que sólo el eco de un nombre crezca en él con la furia del hambre:

un incesante golpe de cuchara contra el plato vacío.

Si sobrevive aún,

si ha llegado hasta aquí hecho a la viva imagen de tu demonio o de tu dios;

he ahí un talismán más inflexible que la ley,

más fuerte que las armas y el mal del enemigo.

Guárdalo en la vigilia de tu pecho igual que a un centinela.

Pero vela con él.

Puede crecer en ti como la mordedura de la lepra;

puede ser tu verdugo.

¡El inocente monstruo, el insaciable comensal de tu muerte!

DULCE MARIA LOINAZ



No sé por qué se ha hecho desde hace tantos días

Este extraño silencio:

Silencio sin perfiles, sin aristas,

que me penetra como un agua sorda.

Como marea en vilo por la luna,

El silencio me cubre lentamente.

Me siento sumergida en él, pegada

Su baba a mis paredes;

Y nada puedo hacer para arrancármelo,

Para salir a flote y respirar

De nuevo el aire vivo,

Lleno de sol, de polen, de zumbidos.

Nadie puede decir

que he sido yo una casa silenciosa;

por el contrario, a muchos muchas veces

rasgué la seda pálida del sueño

-el nocturno capullo en que se envuelven-,

Con mi piano crecido en la alta noche,

Las risas y los cantos de los jóvenes

Y aquella efervescencia de la vida

Que ha borbotado siempre en mis ventanas

Como en los ojos de

Las mujeres enamoradas.

No me han faltado, claro está, días en blanco.

Sí, días sin palabras que decir

En que hasta el leve roce de una hoja

Pudo sonar mil veces aumentado

Con una resonancia de tambores.

Pero el silencio era distinto entonces:

Era un silencio con sabor humano.

Quiero decir que provenía de ¨ellos¨,

Los que dentro de mí partían el pan;

De ellos o de algo suyo, como la propia ausencia,

Una ausencia cargada de regresos,

Porque pese a sus pies, yendo y viniendo,

Yo los sentía siempre

Unidos a mí por alguna

Cuerda invisible,

Íntimamente maternal, nutricia.

Y es que el hombre, aunque no lo sepa,

Unido está a su casa poco menos

Que el molusco a su concha.

No se quiebra esta unión sin que algo muera

En la casa, en el hombre… o en los dos.

Decía que he tenido

También mis días silenciosos:

Era cuando los míos marchaban de viaje,

Y cuando no marcharon también… Aquel verano

-¡cómo lo he recordado siempre!-

En que se nos murió

La mayor de las niñas de difteria.

Ya no se mueren niños de difteria;

Pero en mi tiempo –vien lo sé…-

Algunos se morían todavía.

Acaso Ana María fue la última,

Con su pelito rubio y aquel nido

De ruiseñores lentamente desmigajado en su garganta…

Esto pasó en mi tiempo; ya no pasa.

Puedo hablar de mi tiempo melancólicamente,

Como las personas que empiezan

A envejecer, pues en verdad

Soy ya una casa vieja.

Soy una casa vieja, lo comprendo.

Poco a poco –sumida en estupor-

He visto desaparecer

A casi todas mis hermanas,

Y en su lugar alzarse a las intrusas,

Poderosos los flancos,

Alta y desafiadora la cerviz.

Una a una, a su turno,

Ellas me han ido rodeando

A manera de ejército victorioso que invade

Los antiguos espacios de verdura,

Desencaja los árboles, las verjas,

Pisotea las flores.

Es triste confesarlo,

Pero me siento ya su prisionera,

Extranjera en mi propio reino,

Desposeída de los bienes que siempre fueron míos.

No hay para mí camino que no tropiece con sus muros;

No hay cielo que sus muros no recorten.

Haciendo de él, botín de guerra,

Las nuevas estructuras se han repartido mi paisaje:

Del sol apenas me dejaron

Una ración minúscula,

Y desde que llegara la primera

puso en fuga la orquesta de los pájaros.

Cuando me hicieron, yo veía el mar,

Lo veía naturalmente,

Cerca de mí, como un amigo;

Y nos saludábamos todas

Las mañanas de Dios al salir juntos

De la noche, que entonces

Era la única que conseguía

Poner entre él y yo su cuerpo alígero,

Palpitante de lunas y rocíos.

Y aun a través de ella, yo sabía

Adivinar el mar;

Puede decir que me lo respiraba

En el relente azul, y que seguía

Teniéndolo, durmiendo al lado suyo

Como la esposa al lado del esposo.

Y aún a través de ella, yo sabía

Adivinar el mar;

Puede decir que me lo respiraba

En el relente azul, y que seguía

Teniéndolo, durmiendo al lado suyo

Como la esposa al lado del esposo.

Ahora, hace ya mucho tiempo

Que he perdido también el mar.

Perdí su compañía, su presencia,

Su olor, que era distinto al de las flores,

Y acaso percibía sólo yo.

Perdí hasta su memoria. No recuerdo

Por dónde el sol se le ponía.

No acierto si era malva o era púrpura

El tinte de sus aguas vesperales,

Ni si alciones de plata le volaban

Sobre la cresta de sus olas… No recuerdo, no sé…

Yo, que le deshojaba los crepúsculos,

Igual que pétalos de rosas.

Tal vez el mar no exista ya tampoco.

O lo hayan cambiado de lugar.

O de sustancia. Y todo: el mar, el aire,

Los jardines, los pájaros,

Se haya vuelto también de piedra gris,

De cemento sin nombre.

Cemento perforado.

El mundo se nos hace de cemento.

Cemento perforado es una casa.

Y el mundo es ya pequeño, sin que nadie lo entienda

Para hombres que viven, sin embargo,

En aquellos sus mínimos taladros,

Hechos con arte que se llama nueva,

Pero que yo olvidé de puro vieja,

Cuando la abeja fabricaba miel

Y el hormiguero, huérfano de sol,

Me horadaba el jardín.

Ni aun para morirse

Espacio hay en esas casas nuevas;

Y si alguien muere, todos tienen prisa

Por sacarlo y llevarlo a otras mansiones

Labradas sólo para eso:

Acomodar los muertos de cada día.

Tampoco nadie nace en ellas.

No diré que el espacio ande por medio;

Mas lo cierto es que hay casas d enacer,

Al igual que recintos destinados

A recibir la muerte colectiva.

Esto me hace pensar con la nostalgia

Que le aprendí a los hombres mismos,

Que en lo adelante

No se verá ninguna de nosotras

-como se vieron tantas en mi época-

Condecoradas con la noble tarja

Del mármol o de bronce,

Caliz de nuestra voz diciendo al mundo

Que nos naciera allí un tribuno antiguo,

Un sabio con el alma y la barba de armiño,

Un héroe amado de los dioses.

No fui yo ciertamente

De aquellas que alcanzaron tal honor,

Porque las gentes que yo vi nacer

En verdad fueron siempre demasiado felices;

Y ya se sabe, no es posible

Serlo tanto y ser también otras

Hermosas cosas.

Sin embargo, recuerdo

Que cuando sucedió lo de la niña,

El padre se escondía

Para llorar y escribir versos…

Serían versos sin rigor de talla,

Cuajados sólo para darle

Caminos a la pena…

Por cierto que la otra

Mañana, cuando

Sacaron el bargueño grande,

Volcando las gavetas por el suelo,

Me pareció verlos volar

Con las facturas viejas

Y los retratos de parientes

Desconocidos y difuntos.

Me pareció. No estoy segura.

Y pienso ahora, porque es de pensar,

En esa extraña fuga de los muebles:

El sofá de los novios, el piano de la abuela

Y el gran espejo con dorado marco

Donde los viejos se miraron jóvenes,

Guardando todavía sus imágenes

Bajo un formol de luces melancólicas.

No ha sido simplemente un trasiego de muebles.

Otras veces también se los llevaron

-nunca el piano, el espejo-,

Pero era sólo por cambiar aquéllos

Por otros más modernos y lujosos.

Ahora han sido todos arrasados

De sus huecos, los huecos donde algunos

Habían echado ya raíces…

Y digo esto por lo que dolieron

Los últimos tirones;

Y por las manchas como sajaduras

que dejaron en suelo y en paredes.

Son manchas que persisten y afectan vagamente

Las formas desaparecidas,

Y me quedan igual que cicatrices

Regadas por el cuerpo.

Todo esto es muy raro. Cae la noche

Y yo empiezo a sentir no sé qué miedo:

Miedo de este silencio, de esta calma,

De estos papeles viejos que la brisa

Remueve vanamente en el jardín.

Otro día ha pasado y nadie se me acerca.

Me siento ya una casa enferma,

Una casa leprosa.

Es necesario que alguien venga

A recoger los mangos que se caen

En el patio y se pierden

Sin que nadie les tiente la dulzura.

Es necesario que alguien venga

A cerrar la ventana

Del comedor, que se ha quedado abierta,

Y anoche entraron los murciélagos…

Es necesario que alguien venga

A ordenar, a gritar, a cualquier cosa.

¡Con tanta gente que ha vivido en mí,

Y que de pronto se me vayan todos!

Comprenderán que tengo que decir

Palabras insensatas.

Es algo que no entiendo todavía,

Como no entiende nadie una injusticia

Que, más que los hombres,

Fuera injusticia del destino.

Que pase una la vida

Guareciendo los sueños de esos hombres,

Prestándoles calor, aliento, abrigo;

Que sea una la piedra de fundar

Posterdad, familia

Y de verla crecer y levantarla,

Y ser al mismo tiempo

Cimiento, pedestal, arca de alianza…

Y luego no ser más

Que un cascarón vacío que se deja,

Una ropa sin cuerpo que se cae.

No he de caerme, no, que yo soy fuerte.

En vano me embistieron los ciclones

Y me ha roído el tiempo hueso y carne,

Y la humedad me ha abierto úlceras verdes.

Con un poco de cal yo me compongo:

Con un poco de cal y de ternura…

De eso mismo sería,

De mis adoleceres y remedios,

De lo que hablaba mi señor la tarde

Última con aquellos otros

Que me medían muros, huerto, patio

Y hasta el solar de paz en que me siento.

Y sin embargo, mal sabor de boca

Me dejaron los hombres medidores,

Y la mujer que vino luego

Poniendo precio a mi cancela;

A ella le hubiera preguntado

Cuánto valían sus riñones y su lengua.

No han vuelto más, pero tampoco

Ha vuelto nadie. El polvo

Me empaña los cristales

Y no me deja ver si alguien se acerca.

El polvo es malo… Bien hacían

Las mujeres que conocí

En aborrecerlo…

Allá lejos

La familiar campana de la iglesia

Aún me hace compañía,

Y en este mediodía, sin relojes, sin tiempo,

Acaban de sonar lentamente las tres…

Las tres era la hora en que la madre

Se sentaba a coser con las muchachas

Y pasaban refrescos en bandejas; la hora

Del rosicler de las sandías,

Escarchando de azúcar y de nieve,

Y del sueño cosido a los holanes…

Las tres era la hora en que…

¡La puerta!

¡La puerta que ha crujido abajo!

¡La están abriendo, sí!... La abrieron ya.

Pisadas con tropel avanzan, suben…

¡Ellos han vuelto al fin! Yo lo sabía;

Yo no he dejado un día de esperarlos…

¡Ay frutas que granan en mis frutales!

¡Ay campana que suenas otra vez

La hora de mi dicha!

La hora de mi dicha no ha durado

Una hora siquiera.

Ellos vinieron, sí… Ayer vinieron.

Pero se fueron pronto.

Buscaban algo que no hallaron.

¿Y qué se puede hallar en una casa

Vacía sino el ansia de no serlo

Más tiempo?¿Y qué perdían

Ellos en mí que no fuera yo misma?

Pero teniéndome, seguían buscando…

Después, la más pequeña fue al jardín

Y me arrancó el rosal de enredadera;

Se lo llevó con ella no sé adónde.

Mi dueño antes de irse,

Volvióse en el umbral para mirarme,

Y me miró pausada, largamente,

Como los hombres miran a sus muertos,

A través de un cristal inexorable…

Pero no había entre él y yo

Cristal alguno ni yo estaba muerta,

Sino gozosa de sentir su aliento,

El aprendido musgo de su mano.

Y no entendía, porque me miraba

Con pañuelos de adioses contenidos,

Con anticipaciones de gusanos,

Con ojos de remordimiento.

Se fueron ya. Tal vez vuelvan mañana.

Y tal vez a quedarse, como antes…

Si la ausencia va en serio, si no vienen

Hasta mucho más tarde,

Se me va a hacer muy largo este verano,

Muy largo con la lluvia y los mosquitos

Y el aguafuerte de sus días ácidos.

Pero por mucho que demoren,

Para diciembre al fin regresarán,

Porque la Nochebuena se pasa siempre en casa.

El que nació sin casa ha hecho que nosotras,

Las buenas casas de la tierra,

Tengamos nuestra noche de gloria en esa noche;

La noche suya es, pues, la noche nuestra:

Nocturno de belenes y alfajores,

Villancico de anémonas,

Cantar de la inocencia

Recuperada…

De esperarla se alegra el corazón,

Y de esperar en ella lo que espera.

De Nochebuenas creo

Que podría ensartarme yo un rosario

Como el de las de las abuelas

Reunidas al amor de mis veladas,

Y como ellas, repasar sus cuentas

En estos días tristes,

Empezando por la primera

En que jugaron los recién casados,

Que estrenaban el hueco de mis alas

A ser padres de todos los chiquillos

De los alrededores…

¡Qué fiesta de patines y de aros,

De pelotas azules y muñecas

En cajas de cartón!

¡Y qué luz en las caras mal lavadas

De los chiquillos,

Y en la del Él y la de Ella, adivinando,

Olfateando por el aire el suyo!

Cuenta por cuenta, llegaría

Sin darme cuenta a la del año

1910, que fue muy tiste,

Porque sobraban los juguetes

Y nos faltaba la pequeña…

Así mismo: al revés de tantas veces,

En que son los juguetes los que faltan;

Aunque en verdad los niños nunca sobren…

¡Pero vinieron otros niños luego!

Y los niños crecieron y trajeron

Más niños… Y la vida era así: un renuevo

De vidas, una noria de ilusiones.

Y yo era el círculo en que se movía,

El cauce de su cálido fluir,

La orilla cierta de sus aguas.

Yo era… Pero yo soy todavía.

En mi regazo caben siete hornadas

Más de hombres, siete cosechas,

Siete vendimias de sus inquietudes.

Yo no me canso. Ellos sí se cansan.

Yo soy toda a lo largo y a lo ancho.

Mi vida entera puede pasar por el rosario,

Pues aunque ha sido ciertamente

Una vida muy larga,

Me fue dado vivirla sin premuras,

Hacerla fina como un hilo de agua.

Y llegaría así a la Nochebuena

Del año que pasó. No fue de las mejores.

Tal vez vino

Se derramó en la mesa. O el salero…

Tal vez esta tristeza, que pronto habría de ser

El único sabor de mi sal y mi vino,

Ya estaba en cada uno sin saberlo,

Como el vientre de nube el agua por caer.

Ahora la tristeza es sólo mía,

Al modo de un amor

Que no se comparte con nadie.

Si era lluvia, cayó sobre mis lomos;

Si era nube, prendida está a mis huesos.

Y no es preciso repetirlo mucho:

Por más que no conozca todavía

su nombre ni su rostro

es la cosa más mía que he tenido

-yo que he tenido tanto-…La tristeza.

¿Y de qué hablaba aquí? Resbalo

En mis propios recuerdos… La memoria

Empieza a diluirse en las cosas recientes;

Y recental reacio a hierba nueva,

Se me apega con gozo

A las sabrosas ubres del pasado.

Pero de todos modos,

He de decir en este alto

Que hago en el camino de mi sangre,

Que esto que estoy contando no es un cuento;

Es una historia limpia, que es mi historia:

Es una vida honrada que he vivido,

Un estilo que el mundo va perdiendo.

A perder y a ganar hecho está el mundo,

Y yo también cuando la vida quiera;

Pero lo que yo he sido gane o pierda,

Es la piedra lanzada por el aire,

Que la misma mano que la

Lanzó no alcanza a detenerla,

Y sola ha de cortar el aire hasta que caiga.

Lo que yo he sido está en el aire,

Como vuelo de piedra, si no alcancé a paloma.

En el aire, que siendo nada,

Es vida de los hombres; y también en la Epístola

Que puede desposarlos ante Dios,

Y me ofrece de espejo a la casada

Por mi clausura de ciprés y nardo.

La Casa, soy la Casa.

Más que piedra y vallado,

Más que sombra y que tierra,

Más que techo y que muro,

Porque soy todo eso, y soy con alma.

Decir tanto no pueden ni los hombres

Flojos de cuerpo,

Bien que imaginen ellos que el alma es patrimonio

Particular de su heredad.

Será como ellos dicen; pero la mía es mía sola.

Y, sin embargo, pienso ahora

Que ella tal vez me vino de ellos mismos,

Por haberme y vivirme tanto tiempo,

o por estar yo siempre tan cerca de sus almas.

Tal vez yo tenga un alma por contagio.

 Y entonces, digo yo : ¿será posible

que no sientan los hombre e alma que me ha dado?

¿Qué no la reconozcan junto a ella ,

Que no vuelvan el rostro si los llama,

y siendo cosa suya les sea cosa ajena?

Amanecemos otra vez.

Un dia nuevo , que sera

Igual q todos .

O no sera , tal vez …la vida es siempre

Puerta cerrada tercamente

A nuestra angustia.

Dia nuevo. Hombres nuevos se me acercan.

La calle tiene olor de madrugada,

Que es un olor antiguo de neblina,

Y las mujeres colocando café por la ventanas;

Un olor de humo fresco

Que viene de cocinas y fabricas.

Es un olor antiguo, y sin embargo,

Se me hecho de pronto duro, ajeno.

Súbitamente se he esparcido por mi jardín,

Venida de no sé dónde,

Una extraña y espesa

Nube de hombres.

Y todos burbujean como hormigas,

Y todos son como una sola mancha

Sobre el trémulo verde…

¿Qué quieren esos hombres con sus torsos desnudos

 Y sus picas en alto?

El más joven ya viene a mí…

Alcanzo a ver sus ojos azules e inocentes,

Que así, de lejos se me han parecido a los de nuestra Ana maría.

Ya tan lejanamente muerta…

Y no se por que vuelvo a recordar ahora .

Bueno, sera por esos ojos,

Que me miran mas cerca ya , mas fijos…

Ojos de un hombre como los demás.

Que , sin embargo , puede ser en cualquier instante el instrumento del destino.

Esta ya frente a mi.

Una canción le juega entre los labios;

Con el brazo velludo

Enjugase el sudor de la frente.suspira…

La mañana es tan dulce,

El mundo todo tan hermoso,

Que quisiera decírselo a este hombre;

Decirle que un minuto se volviera

A ver lo que no ve por estarme mirando.

Pero no, no me mira ya tampoco.

No mira nada, blande el hierro…

¡Ay los ojos!...

He dormido y despierto … O no despierto

Y es todavía el sueño lacerante,

La angustia sin orillas y la muerte a pedazos.

He dormido y despiértome al revés,

Del otro lado de la pesadilla,

Donde la pesadilla es ya inmutable,

Inconmovible realidad.

 He dormido y despierto. ¿quién despiereta?

Me siento despegada de mi misma,

Embebida por un

Espejo cóncavo y monstruoso.

Me siento sin sentirme y sin saberme,

Entrañas removidas, desgonzado esqueleto,

Tundido el otro sueño que soñaba.

Algo hormigues sobre mi,

Algo me duele terriblemente,

Y no se donde.

¿Qué buitres picotean mi cabeza?

De que fiera el colmillo que me clava?

¿Qué pez luna se hunde en mi costado?

¡Ahora es que trago la verdad de golpe!

¡Son los hombres , los hombres,

Los que me hicieron con sus armas!

Los hombres de quienes fui madre

Sin ley de sangre, esposa sin hartura

De carne, hermana sin hermanos,

Hija sin rebeldía.

Los hombre son y solo ellos,

Los de mejor arcilla que la mía,

Cuya codicia pudo mas

Que la necesidad de retenerme.

Y fui vendida fin,

Porque llegue a valer tanto en sus cuentas,

Que no valían nada en su ternura…

Y si no valgo en ella, nada valgo…

Y es hora de morir.